

## MISA CELEBRADA CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL CENTENARIO DE LA MUERTE EN COMBATE DE JOSÉ MARTÍ

*Parroquia del Santo Ángel Custodio, 18 de mayo de 1995)*

La celebración de la Santa Eucaristía nos reúne en vísperas del centenario de la muerte en combate del apóstol de nuestra independencia, precisamente en esta iglesia parroquial del Santo Ángel Custodio, a la cual cupo la dicha de ver renacer de su fuente bautismal a dos grandes de la Patria: el Padre Félix Varela y José Martí.

Por esta razón ha querido escoger la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba este mismo templo, donde, por el agua y el espíritu, recibió Martí la vida nueva en Cristo que lo hizo hijo de Dios y miembro de la Iglesia, para honrar su memoria y ofrecer por él nuestras oraciones en este aniversario que significa tanto para todos los cubanos.

José Julián Martí y Pérez, hijo de Don Mariano Martí y de Doña Leonor Pérez, fue bautizado por el Padre Don Tomás Sala y Figuerola, el día 12 de febrero de 1853 en la iglesia del Santo Ángel Custodio.

Escueto resumen de una inscripción bautismal como cualquier otra, guardada celosamente en los Archivos de la iglesia Arquidiocesana de La Habana, porque aquel niño, bautizado aquí hace 142 años, llegó a ser y lo será siempre el hombre emblemático de la nación cubana, su héroe, su Maestro, el apóstol y artífice de nuestra independencia, el que emprendió con alma de poeta, verbo encendido de orador magistral y pluma fácil, amena, sublime o encendida, según el lector a quien se dirigiera y la idea siempre brillante que la conducía, la tarea ingente de concitar voluntades y armar corazones para que la Patria dejara de ser sueño y empeño y se hiciera luminosa verdad.

La Patria, pasión avasalladora en la palabra martiana, amor totalizante en el corazón del apóstol.

¿Qué mejor homenaje al Maestro, en el centenario de su caída en Dos Ríos, que unir a nuestra oración por él una referencia emocionada a la Patria y una súplica al Señor por que llegue a concretarse para Cuba el sueño del apóstol?

Patria, tierra de los padres, es uno de los aspectos esenciales de la experiencia de un pueblo.

Algunos pueblos de la tierra han recibido la Patria como legado sereno, como herencia que se posee en una tranquilidad inmemorial. No es así para otras muchas naciones del mundo, que en su historia han incorporado experiencias heroicas en relación con la Patria, no solo al defenderla de ataques o invasiones, sino en su misma gestación.

Así, llena de incidencias excepcionales, se presenta la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, que se inicia con un desarraigo: Abraham debe abandonar su tierra natal para ir a otro país del cual no sabe nada aún. En esta historia absolutamente singular es Dios quien anuncia descendencia y patria a un hombre que solo podía concebirlas como una promesa. Canaán, sitio de su nuevo asentamiento, estaba poblado por otros hombres; pero curiosamente, fiados en la promesa de Dios, Abraham y su descendencia sintieron aquel lugar como patria aún no plenamente poseída, aunque ya prometida. Así la siguieron soñando durante el tiempo en que,

empujados por el hambre, habitan en Egipto, país que consideran siempre como tierra extranjera. Después del éxodo de Egipto, guiados por Moisés, cohesionados como pueblo por el sufrimiento y el largo peregrinar por el desierto y confirmados por la Alianza que Dios establece con ellos en el Sinaí, entran en Canaán, que se convierte en su propia tierra, en la tierra prometida, la que guarda la tumba de los padres y conserva ahora también el Arca de la Alianza.

Pero esta historia pasa de nuevo por el desarraigo. La invasión del gran imperio babilónico lleva al pueblo, deportado, al destierro. La dura experiencia del exilio aviva, sin embargo, el amor de los hebreos a su patria.

*Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sión; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, Jerusalén.*

Allí comprende el pueblo de Dios que aquella catástrofe tiene por causa el pecado nacional y la patria lejana vuelve a ocupar un lugar central en su oración como promesa cumplida por Dios, pero arruinada por el pueblo que no fue fiel a la Alianza.

La historia de Israel se vuelve paradigmática para todos los que abrazamos la fe cristiana, porque de ese pueblo, con esa experiencia nacional única, nació Jesucristo Redentor. Quienes por cultura y fe participamos de la gran tradición judeocristiana vemos, como pueblo, reflejados y preanunciados en aquellos relatos bíblicos nuestros propios desarraigos, sueños, aspiraciones, exilios e infidelidades al legado de nuestros mayores.

¡Cuántas veces José Martí, conocedor de la Sagrada Escritura, habrá rezado por Cuba, llorado por Cuba, al recorrer las páginas del texto sagrado que hablaba de un exilio como el que él experimentaba, de un retorno a la Tierra prometida, como el que él anhelaba al pensar en su Patria. ¡Cuántas veces habrá experimentado que la Patria, Cuba, no era solo sueño, sino promesa que se cumpliría infaliblemente y cómo, seguramente, al asumir el tremendo oficio de redimir la Patria amada, habrá calculado que el premio cruel que espera a todo redentor es la Cruz.

Jesús amó a su Patria con todas las fibras de su corazón, tanto más que el suyo no era un país cualquiera, sino la tierra que Dios había dado en herencia a su pueblo. Su misión Él la desarrollaría sin salir prácticamente de los confines de su tierra, pero comprendía que su acción profética se convertía para sus compatriotas en un verdadero drama. Como en otro tiempo rechazaron a los profetas, ahora también la Patria de Jesús desdeña a quien viene a recordarles sus responsabilidades como pueblo llamado por Dios. En Nazaret, Jesús es desechado: «*nadie es profeta en su tierra*», dirá allí mismo el Señor.

Él sabe que va a Jerusalén, la capital nacional, para morir allí y cuando se acerca a ella llora sobre la ciudad culpable que no ha reconocido que Dios la visitaba (Lc 19, 41). «*Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina cobija a sus polluelos bajo sus alas pero tú no quisiste.*»

Me imagino cómo resultaría inspiradora para Martí la figura limpia y digna de Jesús. Cómo habrá sentido la cercanía del dulce profeta de Galilea, de aquel Maestro de maestros, cuando experimentó la incomprensión y aun el rechazo de muchos compatriotas, cuando comprendió que si venía a Cuba sería a morir y cuando, a pesar de todo, siguió adelante su tarea sin odios ni amarguras, anclado siempre en el amor, pues nunca se hizo el apóstol ilusiones fáciles con respecto a la lucha por la

Independencia de nuestro país en cuanto a sus condiciones reales: Así aparece claramente en su carta a Máximo Gómez, de fecha 13 de septiembre de 1892:

*«Yo invito a Ud., sin temor de negativa, a este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres.»*

Todo esto significó Patria para Martí. Una Patria que para nosotros, seguidores de Cristo, participa de ese misterio de muerte y vida que es el centro de nuestra fe y que celebramos gozosos en el tiempo de Pascua.

El nuevo pueblo de Dios que «no nace de la sangre, ni de querer de hombre» sino de la fe en Cristo y del agua bautismal, es la Iglesia. La Iglesia universal, abierta a toda raza y nación, católica, no suprime el enraizamiento de los hombres en una patria terrestre, como trataron de hacerlo algunas ideologías de este siglo. El amor a la Patria es siempre un deber para todo cristiano y es como una prolongación del amor a la familia.

Jesús amó entrañablemente a su Patria Israel y los cristianos de origen judío, como Pedro, Santiago, Juan y cualquiera de los apóstoles, también. Pero aquella patria de Israel ha perdido ya su significación sagrada para el discípulo de Jesús. Los israelitas eran hijos de la Jerusalén de la tierra, los cristianos somos hijos de la Jerusalén del cielo. Allá en lo alto, donde está Cristo a la derecha del Padre y a donde nos fue a preparar morada, alcanzaremos nuestra plena ciudadanía.

Mas esta no es una doble ciudadanía, porque las realidades del espíritu, aquellas que disfrutamos ya, como la pertenencia a la comunidad de fe y amor que es la Iglesia, o aquellas que son objeto de nuestra esperanza, como la plena participación con Cristo de «un cielo nuevo y una tierra nueva», no nos disputan el amor y el servicio a la patria terrena, al contrario, los potencian. No olvidemos la escena de los discípulos que el día de la Ascensión del Señor se quedan con la vista clavada mirando al cielo, a donde Jesús parece ascender, alejándose de ellos. De aquel aparente éxtasis los despierta la voz del ángel, del enviado de Dios que casi los reprende: *«israelitas, ¿qué hacen ustedes ahí plantados mirando al cielo?»*. Ese Jesús que ahora ven partir vendrá de nuevo.

Y cuando venga el Hijo de Dios con sus ángeles convocará a todos los hombres y llamará a su derecha a algunos que Él proclamará «benditos de mi Padre» y los invitará a disfrutar del reino, «porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, estuve desnudo y me vistieron, enfermo y en la cárcel y me fueron a ver»... Y ¿cuándo, Señor, te vimos así, y te asistimos? «Cada vez que lo hicieron a uno de esos, los más pequeños, a mí me lo hicieron». La pertenencia a la gran familia que es la Iglesia, la esperanza de alcanzar el pleno disfrute de la Patria definitiva, no nos permite quedarnos plantados, mirando al cielo y mucho menos pasar de largo junto al hambriento, al desnudo, al oprimido o al olvidado, porque en cada humano que sufre vive misteriosamente Jesucristo.

Nuestro amor y adhesión a Él, nuestra mirada de esperanza hacia una convivencia humana superior, nos disponen para amar y servir a la Patria a un doble título, porque hemos nacido aquí y porque aquí nos ha plantado Dios para florecer plenamente en la eternidad feliz.

Qué bien viene recordar aquí un pensamiento de Martí en sus Escritos Europeos: «Solo los seres superiores saben cuánto es necesario y racional la vida futura» (Vol. II, pág. 1102) y en los Escritos mexicanos (Vol. II, pág. 691) se muestra el pensamiento de Martí con respecto a la religión y su relación con la comunidad humana: «El culto es una necesidad para los pueblos. El amor no es más que la necesidad de la creencia: hay una fuerza secreta que anhela siempre algo que respetar y en que creer».

Martí no concibió nunca que la fe religiosa apartara al hombre de sus tareas terrenas, sino todo lo contrario. Y así es de hecho. Nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor cristiano nos comprometen al servicio de la Patria, amada con desinterés y hasta el sacrificio.

Qué urgente se hace hoy recordar sin ideologizaciones ni manejos de ningún género, resituándolo en su realidad esencial e histórica, el pensamiento de nuestros próceres.

Es necesario que se encuentre la metodología, que no puede ser otra que atender a su propia voz, para que José Martí sea escuchado, comprendido y amado por la generación actual, que solo conoce sus palabras convertidas en «refranes», pero ignora su pensamiento y sus sentimientos. A los hombres fundantes, como Martí, hay que darles simplemente la palabra.

En momentos en que tanto se obscurecen, sobre todo para los jóvenes, las razones válidas para amar a la Patria, hasta el punto que para no pocos de ellos el término que la expresa se vuelve obsoleto y su misma realidad desconocida, es necesario escuchar la voz clara y apasionada de Martí que vuelva a definirle a esta generación lo que es Patria. Esto, dolorosamente, también es necesario para nuestros jóvenes cristianos, porque, ¿quiénes son esos jóvenes sino los mismos que estudian en los centros de enseñanza, que trabajan o no trabajan, que deambulan por nuestras calles y que han venido a la fe, buscando sentido a sus vidas, carentes a menudo de esperanza?

Se impone una especie de catequesis patriótica, que haga descubrir a los niños, adolescentes y jóvenes de nuestras comunidades cristianas que la Patria es familia grande, que siempre tiene que ser amada, aunque haya culpas y defectos dentro de ella. A la Patria no podemos virarle la espalda. Escuchemos a modo de sentencia lo que dice al respecto Martí: *¡De la Patria puede tal vez desertarse, mas nunca en su desventura!*

Si en esta hora los católicos cubanos somos capaces de incorporar los valores patrios como parte de nuestra actitud de fe, estaríamos prestándole a Cuba nuestro mejor servicio, le daríamos a nuestra Iglesia un timbre de gloria al final de este milenio y honraríamos a Martí en el centenario de la ofrenda de su vida.

Que nuestra oración en el aniversario de su muerte incluya una súplica ferviente por Cuba. Que la Virgen de la Caridad recoja nuestra oración por la Patria y la presente a Jesucristo Su Hijo. Amén.